
El Doctor Córdoba va a Washington

Diplomacia del Nerviosismo

- ★ Sin Bush en la Casa Blanca el TLC Puede Atrasarse
- ★ Clinton no le da la Prioridad que México Necesita
- ★ Indispensable Despejar Dudas Antes de la Sucesión

LORENZO MEYER

Es raro ver nerviosos a los tecnócratas que hoy dirigen los destinos de México, pero en estos días están actuando de manera tal que no se puede menos que suponerles un ánimo intranquilo. Quizá la causa de su nerviosismo sean algunas de las consecuencias que imaginan pueda tener la derrota del Presidente George Bush sobre el Tratado de Libre Comercio (TLC) entre México, Estados Unidos y Canadá.

Como sabemos, el proyecto económico del salinismo aparentemente iba por la ruta y a la velocidad planeada, hasta que de pronto un factor político externo echó un puño de arena en los engranes de su bien aceiteada maquinaria. Esa arena fue el reemplazo en la Casa Blanca de George Bush por un demócrata que, hasta el momento, no ha dado a la idea de la formación del gran mercado de la América del Norte, la importancia que el gobierno mexicano

asumirá la responsabilidad de conducir los hilos del poder que se centran en Washington, es la preservación y expansión inmediata del empleo. Y resulta que algunos de los grupos antagónicos al TLC —y cercanos al partido democrata—, han asociado a ese documento con la posible exportación de empleos norteamericanos a México, donde —y eso lo sabemos muy bien— los salarios son notables por lo bajos.

En esa situación, para el gobierno mexicano resulta urgente, indispensable, que el Presidente electo de Estados Unidos envíe cuanto antes señales inequívocas de que no va a sufrir ningún retraso la entrada en vigor del TLC, pues únicamente así se puede esperar que continúe la gran corriente de capital externo que el actual modelo económico mexicano necesita para poder funcionar bien, pues sus enormes déficit en su intercambio con el exterior amenazan su bienestar (déficit del orden de los 20 mil millones de dólares). Desafortunadamente, las señales inequívocas del norte no han llegado, y la continuación del flujo masivo de dólares que hoy compensa nuestro exceso de importaciones sobre exportaciones, ya no se ve tan seguro. El ingreso de divisas suficientes para evitar una nueva devaluación sólo se mantendrá si los inversionistas de Estados Unidos, Europa y Japón —cortejados ahora por todos los países periféricos— tienen plena confianza en que las actuales reglas del juego económico mexicano, tan favorables para ellos, continuarán en el futuro. Y un TLC en vigor es la mejor, por no decir que única, forma de seguridad que se puede dar al quisquilloso capital foráneo.

A estas alturas, resulta obvio que para que una política neoliberal tenga éxito, sus artífices deben tener mucha preparación técnica y muy poca sensibilidad social, es decir, que deben parecerse a los médicos en las salas de urgencia. Pues bien, los tecnócratas neoliberales mexicanos han dado ya muchas pruebas de insensibilidad y no son dados a mostrar nervios, y menos en público. Hasta el momento han contemplado con mucha calma y aplomo cómo el mercado —implacable mecanismo que premia la eficiencia y se condeula de nadie—, da más a los pocos mexicanos que más tienen y menos a los que menos tienen.

De esa élite tecnocrática mexicana se pueden decir muchas cosas, menos que les ha temblado el pulso para hacer pagar al grueso de la sociedad el pecado de haber vivido muchos años en el error del neopopulis-

Unidos, George Bush, esa élite parece estar al borde de un ataque de nervios, imagen que no les sienta bien ni les ayuda a resolver sus problemas.

El TLC ha sido calificado por el Instituto de Finanzas Internacionales (IFI) como el "salvavidas" de la economía mexicana. Desafortunadamente, sin George Bush en la Casa Blanca, la entrada en vigor del TLC se puede posponer. Y cada vez resulta más claro que México aún está lejos de poder atravesar las broncas aguas de la economía internacional sin salvavidas. Por eso están nerviosos en Palacio.

Desde la perspectiva del gobierno mexicano, la derrota de George Bush puso mal las cosas en el entorno internacional de México. Pero la situación empeoró un poco más cuando quedó claro que la interpretación tan positiva y tan difundida que se dio en México a la conversación telefónica que logró tener Carlos Salinas con William Clinton inmediatamente después de conocerse la victoria de este último —se dijo inicialmente que el ganador de la elección de Estados Unidos apoyaba con entusiasmo al TLC—, no fue avalada por los voceros del Presidente electo de Estados Unidos. Había pues que intentar algo más efectivo que una breve y no muy clara conversación telefónica para recuperar el terreno perdido. Fue quizá entonces cuando se tomó la decisión de enviar a Estados Unidos al mismísimo doctor José Córdoba, coordinador de la Presidencia de México, para que hiciera ver al Presidente electo del país vecino y a su equipo, lo importante que era el TLC para la buena marcha de la relación México-Estados Unidos y del proceso político mexicano en general.

La semana pasada, la prensa nos informó que el doctor José Córdoba, en su papel de superembajador, efectivamente logró tener una entrevista en Washington con Samuel Berger y con Barry Cater, respectivamente coordinador de seguridad nacional y asesor económico del equipo de transición del Presidente electo de los Estados Unidos. Según lo reportado por la corresponsal Dolia Estévez (El Financiero, 25 y 26 de noviembre), el doctor Córdoba llegó a la capital norteamericana con varias peticiones y ofrecimientos, pero no corrió con mejor suerte que la llamada telefónica presidencial, al contrario.

La información disponible lleva a suponer que la misión del coordinador de la Presidencia no concluyó como hubieran deseado los gobernantes mexicanos. Peor aún, la labor diplomática del doctor Córdoba an-

que hubiera sido mejor que no hubieran ocurrido.

En la entrevista Córdoba-Berger, que tuvo lugar en el restaurante del hotel Madison de Washington, el primero, que pese a ser uno de los arquitectos de la actual política exterior no es, ni de lejos, diplomático profesional, dio al norteamericano explicaciones innecesarias, que finalmente dejaron traslucir vulnerabilidad por parte de México. En efecto, según lo sabido por Dolia Estévez, Córdoba admitió ante Berger que el viaje tan publicitado de Carlos Salinas a la ceremonia de "iniciación" del TLC en San Antonio en septiembre pasado —ceremonia que fue parte de la frustrada campaña de Bush por su reelección—, se debió menos a una decisión del Presidente mexicano y más a la presión del norteamericano. De ser ese el caso —Bush le pasó la cuenta al gobierno mexicano por el apoyo recibido durante cuatro años—, no resulta de buen gusto ni es buena política, admitir la efectividad de la presión norteamericana y menos ante los que apenas van a asumir el cargo en Estados Unidos y están calibrando a México. Es difícil justificar o simplemente entender ese intento de trasladar al derrotado Presidente norteamericano la responsabilidad de lo que, en principio, se presentó como una decisión hecha en México con y en plena independencia. Hacer de un Bush ya sin poder, el responsable del apoyo que objetivamente le dio el gobierno mexicano en la búsqueda de la reelección del candidato republicano, no va a convencer a nadie en el campo de los demócratas y sí, en cambio, puede ser tomado como una muestra de debilidad o como un burdo intento por hacer leña del árbol caído.

Pero el error del doctor Córdoba en la entrevista con Berger no se limitó a su manera peculiar de dar excusas y querer ganar simpatías con los nuevos poderosos, sino que, según lo reportado, el coordinador de la Presidencia hizo votos para que la relación entre el futuro Presidente de Estados Unidos y Carlos Salinas se llegara a asemejar a la que algunos suponen que hubo entre John F. Kennedy y Adolfo López Mateos. Me temo que en este caso, el doctor Córdoba eligió un ejemplo problemático.

Es en los libros de texto norteamericanos sobre la relación México-Estados Unidos, donde se acostumbra y se entiende que se presente a la relación Kennedy-López Mateos como ejemplo; como una que pese a las diferencias que los dos países tuvieron en relación a la mejor política

a México, Kennedy fue auténticamente bien recibido. Un ejemplo de esa visión se encuentra en la obra del profesor George W. Grayson (The United States and México. Patterns of Influence, Nueva York: Praeger, 1984). Sin embargo, si se recurre a los textos mexicanos, la situación cambia.

Blanca Torres es la autora de uno de los textos más recientes sobre política exterior mexicana (México y el mundo. Historia de sus relaciones exteriores. De la guerra al mundo bipolar. México: Senado de la República, 1991). En las páginas de este libro, la relación México-Estados Unidos durante el corto gobierno de John F. Kennedy (1961-1963) se presenta menos idílica, más problemática, de lo que aparece en Grayson. Para empezar, los rasgos distintivos de la política de López Mateos fueron: "el afán por mantener una posición de relativa independencia frente a Estados Unidos (y) el esfuerzo por diversificar las relaciones internacionales de México tanto en lo político como en lo económico" (p. 134). No es necesario demostrar que en el caso del gobierno mexicano actual, el afán es distinto y, en última instancia, opuesto al de López Mateos, pues se trata básicamente de buscar la viabilidad económica por la vía de la integración económica con Estados Unidos. Durante López Mateos el libre comercio se intentó con América Latina para evitarlo con Estados Unidos, hoy la situación es muy distinta.

Pero aún hay más. Las divergencias entre México y Estados Unidos en torno al problema cubano llevaron en 1961 a esto: "el gobierno norteamericano decidió suspender todo el apoyo económico a México y aplazar la visita del Presidente norteamericano a este país, que tenían prevista para enero de 1962 por lo que llamaban actitud poco colaborativa de su gobierno en relación con el caso cubano. Finalmente el viaje se hizo a fines del mes de junio" (p.167). Así pues, al hacer votos por que la relación Salinas-Clinton se asemeje a la de Kennedy-López Mateos, el doctor Córdoba está haciendo votos porque Clinton posponga una posible visita a México y porque Washington use la presión económica para castigar a México en caso de que nuestro gobierno intentara mantener su independencia relativa?

Cualquier antecedente de supuesta buena relación de un Presidente mexicano con una administración demócrata en Estados Unidos —Johnson con Díaz Ordaz, Alemán con Truman,

das como el modelo a repetir. Y lo mismo se puede decir de las relaciones con administraciones republicanas —Eisenhower con Ruiz Cortines, Hoover con los presidentes débiles del Maximato o Coolidge con Calles. Así pues, el pequeño problema del coordinador de la presidencia de México con su uso de una referencia histórica, consiste en que no hay realmente ningún ejemplo anterior de una relación tan estrecha entre un Presidente de México y uno norteamericano, como fue la relación de Salinas con Bush. Esa relación que acaba de concluir sencillamente no tiene precedente, y va a estar difícil que se repita con Clinton, aunque por falta de ganas de la parte mexicana.

Las ganas de mantener el "espíritu de Houston" en el trato con el gobierno norteamericano que se va a iniciar a partir del 20 de enero de 1993, han hecho que, pese a la buena relación que se tuvo con George Bush en el pasado y a que éste es aún Presidente de Estados Unidos, la cancillería mexicana lo trate ya como ex amigo, pues no es otra cosa el adelantarse a cambiar de embajador en Washington para complacer a Clinton, que aún no es formalmente el nuevo Presidente. El mandar ya a la banca a Gustavo Petricoli —cuya amistad con Bush y Baker es vista ahora como un pecado— sustituirlo por Jorge Morfín, equivale a enviar a sepulchro a tomarle medidas al rey antes de que éste haya muerto y, peor aún, cuando aún está coniente. En estos días que corren, la falta de sensibilidad de los neoliberales a sur del río Bravo, hace que la diplomacia mexicana se vea muy poco diplomática.

Para finalizar, la entrevista Córdoba-Berger nos ha dejado ver la enorme importancia que ahora tiene el "factor americano" en nuestros procesos políticos fundamentales. De acuerdo con la misma información de Dolia Estévez, resulta que una de las razones de peso que el doctor Córdoba esgrimió ante el representante de Clinton para urgirle a dar su pronto y decidido apoyo a TLC, fue que desde la perspectiva del gobierno mexicano, era indispensable que las dudas sobre ese tratado quedaran despejadas antes de que en México se iniciara el proceso de sucesión presidencial. La petición anterior se puede interpretar de varias maneras, y una de ellas es justamente que el Presidente Salinas nombrara a su sucesor y buscara dejarlo en la presidencia, en función del TLC. Bueno, pues así es como vamos rumbo a 94 y rumbo al siglo XXI.